

Tayari Jones

# UN MATRIMONIO AMERICANO

Traducido del inglés por Miguel Marqués

Título original: *An American Marriage*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Algonquin Books de Chapel Hill, un sello editorial de Workman Publishing, Company, Inc. New York.

Epígrafe de *Citizen: An American Lyric*, por Claudia Rankine, copyright © 2014 by Claudia Rankine. Reproducido con autorización de Graywolf Press. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Tayari Jones, 2018  
© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2018  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-268-5  
Depósito legal: M. 33.916-2018  
Printed in Spain

*Para la hermana de mi madre, Alma Faye,  
y para Maxine y Marcia, mis hermanas*



Lo que te ocurre no te pertenece, solo te ataÑe  
a medias. No es tuyo. No es solo tuyo.

CLAUDIA RANKINE



UNO

# La música del puente





# Roy

---

Hay dos tipos de personas en el mundo: quienes se marchan de casa y quienes no. Yo me siento orgulloso de pertenecer a la primera categoría. Mi mujer, Celestial, decía que en el fondo yo era un chico de campo, pero a mí siempre me dio igual esa etiqueta. Para empezar, yo no soy de campo campo. Eloe, en Luisiana, es un pueblo. Cuando uno oye decir «campo», piensa en sembrar, embalar heno y ordeñar vacas. Yo jamás en la vida he recogido una sola bola de algodón, aunque mi padre sí lo hizo. Nunca le he puesto la mano encima a un caballo, una cabra o un cerdo y no tengo ninguna intención de hacerlo. Celestial se reía y aclaraba que no estaba llamándome granjero, sino tipo de campo, sin más. Ella nació en Atlanta, pero podría decirse que también es de campo. Siempre dice, no obstante, que es una «mujer del sur», que no es lo mismo que una «dama sureña», claro está. De todos modos, «melocotón de Georgia» le gusta, y a mí también, así que la llamo así.

Celestial se tiene por una persona cosmopolita y realmente lo es. Y, sin embargo, todas las noches duerme en la misma casa que la vio nacer. Yo, por mi parte, quise huir de casa en el primer cacharro que echase humo y que se me cruzase por delante, exactamente setenta y una horas después de graduarme en secundaria. Me habría marchado todavía antes, pero

los autobuses de Trailways Luisiana no pasaban a diario por Eloe. Cuando el cartero entregó a mi madre el tubo de cartón que contenía mi título, yo ya estaba instalado en la habitación de mi residencia universitaria de Morehouse College. Tenía beca por ser la primera persona de mi familia en matricularse en estudios superiores. Los novatos empezábamos dos meses y medio antes que los veteranos, para hacernos al campus y aprender algunas cuestiones básicas. Imaginad a veintitrés jóvenes negros viendo en bucle *Aulas turbulentas*, de Spike Lee, y *Rebelión en las aulas*, la de Sidney Poitier, y os haréis una idea bastante aproximada (o quizá no). El adoctrinamiento no siempre es algo malo.

Toda mi vida me he beneficiado de los programas de ayudas: el Head Start del Departamento de Salud, cuando tenía cinco años, y el Upward Bound, del Departamento de Educación, a partir de esa edad. Si alguna vez tengo hijos, ellos podrán pedalear por la vida sin ruedines, pero hay que darle el crédito a quien le corresponde.

Fue en Atlanta donde aprendí las reglas de la vida, y las aprendí rápido. Nadie me llamó nunca tonto. El hogar no es el lugar donde uno aterriza, sino aquel desde donde despega. No se puede elegir el hogar, como tampoco puede elegirse la familia. Como en el póquer, en la vida te reparten cinco cartas; te puedes descartar de tres, pero hay dos que son tuyas para siempre: la familia y la tierra.

No voy a hablar mal de Eloe. Obviamente, hay sitios peores, cualquier persona de mente un poco abierta se da cuenta de eso. Por ejemplo, es cierto que Eloe está en Luisiana, que no es un estado que destaque por sus oportunidades de futuro, pero resulta que Luisiana está en Estados Unidos, y, si eres negro y tienes que esforzarte por conseguir lo que quieres, Estados Unidos quizá sea el lugar más apropiado. En cualquier caso, nosotros no éramos pobres. Quiero dejarlo muy

claro: mi padre trabajaba (demasiadas horas) en una tienda de deportes, Buck's Sporting Goods, y luego, por las tardes, hacía chapuzas. Mi madre echaba horas (demasiadas) en una casa de comidas. El caso es que en ningún momento pensé que no tuviéramos donde caernos muertos. Que conste que sí, teníamos sitio de sobra.

Olive (mi madre), Roy Padre (mi padre) y yo éramos una familia de tres y vivíamos en una sólida casa de ladrillo situada en una manzana segura. Yo tenía mi propio cuarto y, cuando Roy Padre amplió la casa, llegué a tener un aseo para mí solo. Cuando se me quedaban pequeños los zapatos, nunca tenía que esperar para que me compraran unos nuevos. Cuando empezaron a darme becas, mis padres hicieron su parte del trabajo y me mandaron a la universidad.

Aun así, lo cierto es que no nos sobraba el dinero. Si mi infancia hubiese sido un sándwich, la loncha de jamón cocido no habría asomado por los bordes. Teníamos lo que necesitábamos y nada más. «Y nada menos», solía decir mamá, para luego envolverme en uno de sus abrazos, que olían a caramelo de limón.

Cuando llegué a Atlanta, me dio la impresión de que tenía por delante toda la vida: montones y montones de folios en blanco. Y ya sabéis lo que dicen: a un tipo educado en Morehouse (donde estudiaron Martin Luther King, Spike Lee o Samuel L. Jackson) jamás le falta una pluma con la que escribir. Diez años después, mi vida entraba en su momento más dulce. Cuando alguien me preguntaba de dónde era, yo respondía orgulloso: «¡ATL!». Tan íntimamente me sentía unido a la ciudad que la llamaba por su apodo. Y cuando me preguntaban por mi familia, yo hablaba de Celestial.

Estuvimos casados como es debido durante un año y medio, y ese tiempo fuimos felices, o, al menos, yo lo fui. Quizá no felices como otras parejas, pero es cierto que tampono

co éramos los típicos negros burgueses con jardín que tanto abundan en Atlanta; esos matrimonios en los que él se va a la cama con el portátil bajo la almohada y ella, cuando se queda dormida, sueña con las alhajas que guarda en un joyerito azul. Yo era joven, quería comerme el mundo y creía que el triunfo estaba a la vuelta de la esquina. Celestial era artista, y una mujer preciosa y apasionada. Éramos como los protagonistas de la película *Love Jones*, pero en maduro. ¿Qué otra cosa puedo decir? Siempre he sentido debilidad por las mujeres estrella fugaz. Cuando estás con ellas, sabes que estás metido hasta el cuello en algo; nada de hola y adiós. Antes de empezar a salir con Celestial estaba viendo a otra chica, que también había nacido y se había criado en ATL. Esta chica, que parecía estupenda por donde se la mirase, un día sacó una pistola y me apuntó con ella en una gala de una asociación contra la discriminación racial. Jamás olvidaré ese revólver del 22; era plateado y tenía la empuñadura chapada en madreperla rosa. La chica abrió el bolso en que lo llevaba y me lo enseñó por debajo de la mesa sobre la que nos acababan de servir chuletón y patatas al gratén. Dijo que sabía que la estaba engañando con una tipa del Colegio de Abogados Negros. ¿Cómo podría explicarlo? Me asusté, pero se me pasó enseguida. Solo una chica de Atlanta es capaz de hacer algo así de barriobajero con tanta clase. Estaba claro que se habían enredado razón y pasión, y yo no supe si proponerle matrimonio o llamar a la policía. Antes de que se levantara el sol de nuevo, habíamos roto, y no por decisión mía.

Tras la Pistolera, perdí durante un tiempo mi buen hacer con las chicas. Yo leía el periódico, como todo el mundo, y un día me enteré de que, al parecer, había escasez de hombres negros disponibles para emparejarse. Esa buena noticia tardaría aún un tiempo en tener su impacto en mi vida social.

Todas las mujeres que me hacían tilín tenían a alguien que las esperaba en su pueblo o en su barrio.

Siempre es sano, para todas las partes involucradas, que exista cierta competición. La marcha de la Pistolera me descompuso el cuerpo, así que decidí volver a Eloé unos días para pasar un tiempo con Roy Padre y charlar con él. Mi padre es un poco el alfa y el omega; parece que llevase en este mundo desde mucho antes de que apareciésemos por aquí y también que fuese a seguir ahí sentado, en su butacón, hasta mucho después de que todos nos hayamos marchado.

—No te conviene tener cerca a una mujer que te apunta con un arma, hijo.

Intenté explicar que lo más llamativo de todo era el contraste entre lo macarra de llevar una pistola en el bolso y lo glamuroso del contexto, y le aclaré que ella solo quería bromear. Roy Padre hizo un gesto con la cabeza y sorbió la espuma de su vaso de cerveza.

—Si así es como bromea, ¿qué hará cuando se enfade?

Desde la cocina, como si estuviera hablando a través de un intérprete, mi madre gritó:

—Pregúntale con quién está ella ahora. Quizá sea una loca, pero no está loca. No es lo mismo. Nadie rechazaría al Pequeño Roy sin tener a alguien esperando en el banquillo.

Tras lo cual, Roy Padre me dijo:

—Tu madre quiere saber con quién está ella ahora.

—Con un abogado, creo. Pero no a lo Perry Mason. Algo relacionado con contratos. Un tipo que trabaja con papeles, ya sabes.

—¿No trabajas tú con papeles también? —preguntó él.

—No tiene nada que ver. Soy comercial, pero es temporal. Además, esto no es el trabajo de mi vida. Es a lo que me dedico ahora, nada más.

—Ya veo —apostilló mi padre.

Mi madre seguía el espectáculo desde su gallinero particular, en ese momento, la cocina.

—Dile que siempre está dejando que esas niñas de piel clara hieran sus sentimientos. Dile que se acuerde de algunas de las chicas que hay aquí, en la parroquia de Allen. Dile que se busque a alguna que esté a su altura.

—Tu madre dice que... —empezó a decir Roy Padre, antes de que yo le interrumpiera.

—La he oído. Y nadie ha dicho que esa chica fuera de piel clara.

Pero sí, claro que lo era. Mi madre tiene cierto olfato para eso.

Olive salió de la cocina por fin, limpiándose las manos con un paño de cocina de rayas.

—No te enfades. No quiero entrometerme en tus asuntos.

Nadie es capaz de satisfacer a una madre en lo que se refiere a las chicas. Todos mis amigos me cuentan que sus madres no dejan de hacerles advertencias: «Si tu peine no le sirve, no la traigas a esta casa». Las revistas especializadas *Ebony* y *Jet* juran y perjuran que cualquier hombre negro con dos dólares en el bolsillo es candidato a tener pareja blanca. Yo me ciño estrictamente a la piel marrón y mi madre tiene la caradura de ponerse quisquillosa con el tono de piel de las mujeres negras que elijo.

Podría uno suponer que Celestial debería haberle caído bien. Se parecían tanto que la gente creía que las parientes eran ellas. Ambas hacían gala de esa belleza limpia, como la de Thelma, el personaje de la serie *Good Times*, la primera chica de la tele de la que me enamoré. Pero no; en lo que concernía a mi madre, Celestial tenía un aspecto apropiado, sin más, aunque provenía de un mundo muy diferente al nuestro: era como Jasmine, una de las protagonistas de *Good Times*, vestida con la ropa de la otra, Bernadette. Roy Padre, por su

parte, estaba tan encantado con Celestial que se habría casado con ella de no haberlo hecho yo. Y eso tampoco le ganaba puntos a Celestial de cara a mi madre.

—Creo que para meterme a tu madre en el bolsillo solo puedo hacer una cosa —dijo una vez Celestial.

—¿Y qué cosa es esa?

—Tener un hijo —contestó ella, dejando escapar un suspiro—. Siempre que nos vemos, me mira de arriba abajo, como si tuviera secuestrados a sus nietos dentro de mi cuerpo.

—No exageres.

Pero lo cierto era que yo tenía muy claro por dónde iba mi madre. Después de un año juntos, yo tenía ya ganas de ir poniendo en marcha el chiringuito: traer al mundo a una nueva generación, con un apartado actualizado de términos y condiciones.

No es que a nosotros no nos criasen bien, pero el mundo es un lugar que no deja de cambiar, así que también debe cambiar el modo en que educamos a nuestros hijos. Uno de mis planes era que no se hablase jamás de la recogida de algodón. Mis padres no dejaban de evocar el algodón real, o la idea del algodón. Los blancos dicen: «Esto cansa más que cavar una zanja». Los negros: «Esto cansa más que recoger algodón». No voy a recordarles a mis hijos que hubo gente que murió para que yo pudiera hacer las cosas que hago cotidianamente. No quiero que Roy III vaya al cine a ver *Star Wars* o lo que sea y, mientras se estira para intentar ver bien la pantalla, piense que alguien, antaño, dio su vida para que él pueda comer palomitas en un cine. No. No quiero nada de eso. O quizá no de ese modo. Tendremos que ajustar la fórmula. Ahora, Celestial promete que nunca dirá que los negros tenemos que ser el doble de buenos en lo que sea para conseguir la mitad. «Aunque fuera cierto —afirmó—, ¿cómo vamos a irle con algo así a un niño de cinco años, por ejemplo?».

Celestial era una mujer perfectamente equilibrada. No era en absoluto la típica pija vestida en plan corporativo, si bien hacía gala de su pedigrí como si fuera un par de resplandecientes zapatos de charol. Además, tenía salidas de artista, aunque sin desvariar. En otras palabras: no llevaba una pistola rosa en el bolso, pero tampoco le faltaba pasión. A Celestial le gustaba hacer las cosas a su modo y eso se notaba solo con mirarla. Era alta, medía un metro setenta y cinco sin tacones. Le sacaba algunos centímetros a su propio padre. Yo sabía que la altura es la que te toca, pero en su caso parecía que hubiese elegido ella misma ser así de alta. Su pelo, abundante y asilvestrado, la hacía un dedo más alta que yo. Antes incluso de saber que ella era un auténtico genio con la aguja y el hilo, uno se daba cuenta de que estaba tratando con una persona única. Aunque algunos —y con «algunos» me refiero a mi madre— no se percatasen, era evidente que todas aquellas virtudes harían de ella una excelente madre.

Todavía no lo tengo del todo claro, pero me gustaría proponerle llamar a nuestro hijo o hija Porvenir.

Si hubiera dependido de mí, habríamos subido al tren de la paternidad y la maternidad en la misma luna de miel. Imaginadnos tirados en una cama, dentro de una cabaña con suelo de cristal, sobre el océano. Yo ni siquiera sabía que existían sitios así, pero fingí estar muy al tanto cuando Celestial me enseñó el folleto. Hasta confesé que era algo que llevaba queriendo hacer toda la vida. El caso es que ahí estábamos los dos, relajados en mitad del mar, disfrutando el uno del otro. Hacía más de un día que nos habíamos casado: Bali estaba a veintitrés horas de vuelo (primera clase). Para la boda, Celestial se había maquillado como una muñeca de sí misma. Se había recogido aquella locura de pelo en un moño de bailarina y el maquillaje la hacía parecer ruborizada. Recuerdo verla avanzar por el pasillo de la iglesia, como flotando hacia mí.



Ella y su padre trataban de resistir la risa como si todo aquello no fuera más que el ensayo de vestuario; y yo esperando, más serio que un ajo o que un sepulturero con estreñimiento. Cuando ella levantó la mirada y arrugó aquellos labios pintados de rosa para lanzarme un beso al aire, entendí la broma. Estaba haciéndome saber que todo aquello —las niñas que sostenían la cola del vestido, mi traje e incluso la alianza que guardaba en el bolsillo— no era más que un *show*. Lo real era el baile de luz en sus ojos y nuestra sangre al galope. Y entonces también yo sonreí.

En Bali, el pelo alisado desapareció y volvió a Celestial su poderoso afro setentero. No llevaba más vestiduras que la purpurina de la celebración.

—Vamos a hacer un niño.

Ella se echó a reír.

—¿Así me lo vas a pedir?

—Lo digo en serio.

—Todavía no, papi —dijo ella—. Pero pronto.

En el primer aniversario de boda, le escribí en una hoja de papel: «¿Pronto es ya?». Ella le dio la vuelta y escribió en el reverso: «Pronto es ayer. Estuve en el ginecólogo y me ha dicho que todo está preparado».

Sin embargo, fue otro trozo de papel el que nos metió en el lío: una tarjeta de visita. La mía. Habíamos celebrado nuestro aniversario de boda cenando en el Beautiful, un sitio a medio camino entre cafetería y restaurante de carretera, en Cascade Road. No era muy estiloso, pero había sido allí donde, un tiempo antes, le pedí matrimonio. «¡Sí, quiero —había respondido ella entonces—, pero guarda ese anillo antes de que nos secuestren!».

Celebramos el aniversario a base de asado de tira, pastel de macarrones con queso y pudín de maíz dulce. Luego volvimos a casa para repetir postre: dos trozos de la tarta de boda, que llevaba 365 días en el congelador, es-

perando comprobar si aguantaríamos un año juntos. No satisfecho con lo bien que estaba yendo todo, abrí la cartera para enseñarle la foto de ella que guardaba. Al sacarla, se cayó una de mis tarjetas de visita, que aterrizó suavemente sobre el merengue de la tarta. En la parte de atrás, en tinta morada, aparecía un nombre de mujer y un número de teléfono. Con eso bastó. Celestial, además, distinguió otros tres dígitos, que interpretó como el número de una habitación de hotel.

—Puedo explicártelo.

La verdad es que me gustan las mujeres. Siempre he disfrutado de la emoción del coqueteo. A veces apuntaba los números de teléfono, cuando me los daban, como si siguiera en la universidad, pero el 99,997% de las veces todo quedaba ahí. Simplemente, me gustaba saber que seguía gustando. Algo inofensivo, ¿no?

—Pues explícalo —contestó ella.

—Me la metió en el bolsillo.

—¿Cómo va a meterte en el bolsillo tu propia tarjeta de visita?

Celestial estaba enfadada y eso me puso un poco, como el clic que hace el hornillo de la cocina antes de que prenda la llama.

—Me pidió una tarjeta de visita, pero no imaginé que era para esto.

Celestial se levantó, recogió los platos de la tarta que nos acabábamos de comer y los tiró a la basura, directamente. A freír espárragos la vajilla de la boda. Regresó a la mesa, agarró su copa aflautada de champán rosa y se tragó el líquido burbujeante como si fuera un chupito de tequila. Luego me arrebató la copa de la mano, se bebió mi champán y, a continuación, tiró ambas copas también a la basura. Se rompieron con un tintineo de campanitas.

—Eres un embustero —espetó ella.

—Pero, a ver, ¿no estoy aquí ahora contigo? ¿En nuestra casa? ¿Compartimos cama todas las noches!

—¡Tenía que ser en nuestro puñetero aniversario! —exclamó ella. El enfado se derretía por momentos en un charco de tristeza. Celestial se sentó en una de las sillas de la mesa de desayunar—. ¿Por qué te casas si vas a engañar a tu mujer?

Evité señalar que no hay por qué estar casado para engañar a una pareja. En su lugar, le conté la verdad: «Jamás llamé a esa chica». Me senté a su lado. «Yo te quiero a ti.» Dije esas cuatro palabras como si fueran un encantamiento. «Feliz aniversario.»

Me dejó besarla, lo cual era buena señal. Noté el champán rosa que aún mojaba sus labios. No nos quedaba ropa encima cuando me mordió con fuerza la oreja.

—Qué mentiroso eres —insistió y, a continuación, alargó el brazo por encima de mi pecho para abrir el cajón de mi mesita de noche, del que sacó un preservativo—. ¿Me vas a dar un regalo sin envolver?

Sé que a muchos les parecerá que ese fue el día en que mi matrimonio empezó a hacer aguas. La gente siempre habla mucho cuando no sabe lo que ocurre a puerta cerrada, bajo las sábanas, o entre la noche y el día. Pero, como testigo y miembro activo de nuestra relación, estoy convencido de que no era así, sino todo lo contrario. Que yo pudiera hacerla enfadar con apenas un trozo de papel y ella a mí volverme loco con un trozo de látex tenía que querer decir algo.

Sí, éramos una pareja casada, pero seguíamos siendo jóvenes y estábamos muy enamorados el uno del otro. Llevábamos un año juntos y el fuego seguía ardiendo con intensidad.

La cosa es la siguiente: ser 2.0 es todo un reto. Sobre el papel somos como personajes de *El show de Bill Cosby*, veinte años después. Denise y Martin, ya maduros. Pero Celestial y

yo somos algo que Hollywood jamás podría haber imaginado. Ella tenía talento y yo era su musa y también su agente. No es que anduviera todo el día desnudo por casa para que ella me dibujase. No, yo simplemente vivía mi vida y ella me observaba. Cuando estábamos comprometidos, ganó un concurso con una escultura de cristal que había hecho. Desde lejos, a mí me parecía una canica gigante, pero, cuando te acercabas y la observabas desde el ángulo adecuado, se vislumbraba mi perfil en el interior. Alguien le ofreció cinco mil dólares, pero no fue capaz de deshacerse de ella. Este tipo de cosas no ocurren realmente en un matrimonio en peligro.

Ella me cuidaba a mí y yo a ella. En esos tiempos, cuando trabajabas para que tu mujer no tuviera que trabajar, lo llamaban «proveer». Roy Padre tenía como objetivo proveer a Olive, pero aquello nunca salió bien del todo. En su honor, y también en el mío propio, yo trabajaba todo el día para que Celestial pudiera quedarse en casa haciendo muñecas y muñecos, el principal formato artístico con el que trabajaba. A mí me gustan las esculturas de mármol que se exponen en los museos y los dibujos de líneas delicadas, pero ella pensaba que las muñecas eran algo que podía gustar a la gente corriente. Yo le propuse que creara una línea de muñecas de trapo que pudiéramos vender al por mayor. Se podrían colocar en una estantería o abrazarlas hasta sacarles el relleno, sin dejar de ser piezas artísticas artesanales y de gran calidad. Ese tipo de cosas alcanzan sumas de cinco cifras fácilmente. Sin embargo, las muñecas para el día a día iban a marcar la diferencia, le dije. Y ¿sabéis? Al final no me equivoqué.

Sé que todo esto es agua pasada y no precisamente de un riachuelo tranquilo. Para ser justos, tengo que contar toda la historia. Llevábamos casados solo un año y unos meses, pero había sido una buena temporada. Ella estaría de acuerdo.